

# Deleuze, inmanencia, vida

Esther Díaz

esther.diaz@netex.com.ar

El 11 de marzo de 2011 la isla de Japón se conmocionó. Maremotos, terremotos, tsunamis. Incluso las centrales atómicas fueron zamarreadas por las fuerzas naturales. Grietas, fuga de radiación, confusión, descontrol, devastación. Miles son los muertos, millones los irradiados. La vida misma está contaminada. Comienza el segundo decenio del tercer milenio.

El temor y el temblor ante las catástrofes fueron instaurados por Juan, el apocalíptico. Aunque quizás no se trate de una instauración. El autor puede haber puesto en palabras un temor colectivo específico de su época o de su cultura. Pero también puede haber expresado un atributo humano derivado de nuestra posibilidad de imaginar el porvenir. Sea como fuere, lo cierto es que cada comienzo de milenio ha sido acompañado por temores masivos, por amenazas de catástrofes universales, por anuncios de exterminios devastadores, por miedo.

Sin embargo está claro que es un anacronismo tomar la época en que se escribió el Nuevo Testamento como un traspaso de milenios en sentido estricto, ya que el calendario vigente en la actualidad se estableció en convenciones posteriores a lo que hoy denominamos 'siglo primero'. Sea como fuere, en esa época el fantasma de los miedos colectivos se expresó mediante un discurso milenarista. El cielo vomitaría fuego, el mar escupiría cadáveres y la tierra estallaría como granada rebotante y madura.

Por ese entonces el aire de los tiempos exhalaba efluvios que indicaban el agotamiento de ciertas condiciones de existencia y el comienzo de otras. Se empezaba a resquebrajar la solidez del Imperio Romano. Surgían sectas, fanatismos, resistencias y nuevas dominaciones. Se mezclaban los pueblos, las costumbres, las creencias. Europa y sus vecinos cercanos –asiáticos occidentales y africanos septentrionales– se conmocionaban como si una mano gigantesca los revolviera con violencia. He aquí el primer milenarismo.

Diez siglos después se manifestaron los temores del segundo milenio (desde el crepúsculo del noveno siglo hasta la alborada del año 1000). Durante esa especie de "Renacimiento medieval" se temía que el Ángel exterminador y las fuerzas del mal despertaran de su sueño milenarista, tal como vaticina el Apocalipsis. Una especie de espada de Damocles pendía sobre los medievales tardíos. Las angustias sucintadas por el temido fin del mundo se bifurcaron en dos vertientes. Unos martirizaban sus cuerpos, otros los saturaban de placeres. El objetivo era enfrentar el cataclismo inminente. Las conductas

colectivas oscilaban entre la flagelación para vivir eternamente y las orgías para gozar intensamente. De este modo, entre latigazos y borracheras llegó el segundo milenio. Y si bien es cierto que el planeta no desapareció y los vaticinios no se cumplieron al pie de la letra, también es cierto que se produjo una torsión histórica que comenzó a evaporar el mundo medieval y solidificar, pocos siglos después, el moderno.

Pero transcurrieron otros mil años. La modernidad también se está disolviendo. Somos contemporáneos del traspaso al tercer milenio y hemos sido testigos de irracionales temores virtuales. Según los pronósticos tecnocientíficos todas las computadoras del mundo enloquecerían. Aviones, hospitales, bancos, universidades y otras instituciones monitoreadas desde el teclado tendrían una especie de brote psicótico. Aunque también acá se pronosticaba una redención. En pos de este milenio posmoderno los organismos estatales, empresariales y todo el mundo digitalizado invertían cifras millonarias para garantizar la seguridad informática. Había que inmunizarse contra la supuesta inhabilidad de las computadoras para realizar el humilde pasaje de un dígito a otro, como si después del año 1999 no pudieran “seguir contando”.

Pero también en este caso el mundo siguió andando, aunque no salimos indemnes del traspaso. El comienzo del tercer milenio no alumbró las nefastas predicciones de los apocalípticos cibernéticos. Las computadoras demostraron ser más sagaces que sus temerosos usuarios y siguieron funcionando como si nada. No hubo fuegos artificiales ni bombas de estruendo que al comenzar el año 2000 perturbaran el sencillísimo pasaje de un número a otro. La conmoción en cambio se dio en otros planos. Hacía fines del segundo milenio cayó el muro de Berlín y al comienzo del tercero las Torres Gemelas. Sería ocioso enumerar sus nefastas consecuencias, entre las cuales no es menor el efecto dominó de las guerras imperialistas. Y como si eso fuera poco, a once de años de comenzar el siglo, la hecatombe de Japón parece actualizar los fantasmas del milenio.

Sin embargo, después de los terremotos naturales, bélicos, ideológicos y nucleares la vida sigue su rumbo. Se filtra por las fisuras de las rocas, surge de árboles achicharrados, brota de los vientres de embarazadas muertas, se solaza en las entrepiernas de los jóvenes, se reproduce entre las cenizas, la basura, la carencia y la opulencia, se expande en la espesura de otras vidas queriéndose a sí misma, luchando por imponerse, viboreando entre los peligros, resistiendo.

“La inmanencia: una vida...” es el título que eligió Deleuze para un último y breve escrito que envió a la prensa poco antes de morir por decisión propia. Para hablar de ‘una’ vida (y no de ‘la’ vida) en primer lugar pone en pie de igualdad inmanencia y vida. No introduce un verbo entre ambos sustantivos: la inmanencia no *es* una vida, menos aun *la* vida. Inmanencia y vida se juntan y separan mediante un enigmático signo, los dos puntos. La vida está en el *entre*, en la relación, en el *agon* entre ella y la otredad, en el vacío trascendental en el que irrumpe. Vida desnuda de códigos culturales, morales o

jurídicos, vida como potencia. Beatitud plena. Suspendida, porque en suspenso siempre está una vida, como esos tres puntos que, en el título, también permanecen en suspenso.

Una vida circula por un puro flujo de conciencia a-subjetiva, se explaya en una duración sin yo liberada de sujeto y de objeto pero siendo, permaneciendo en la inmanencia. Deviniendo. Libre de atributos o preconceptos. Vida no personal, aunque sea habitada por personas. *Mi* vida soporta calificaciones, como la de cualquier ser vivo. Pero en tanto vida es indefinida. Persiste interceptando el caos como un plano. Se percibe en los bordes de la muerte o en la actualización de un acto absurdo y la mayoría de las veces ni se percibe, fluye.

Una vida –como una sonrisa– necesita condiciones de existencia que la sostengan y se da en un campo trascendental, aunque no trascendente. Acaece en la materialidad aquí y ahora. No se trata de un trascendental kantiano necesario, a priori y universal. Se trata de un trascendental sin trascendencia, histórico, condiciones de posibilidad de lo viviente. Una vida es materialidad incorpóral sobre la que se monta y se pliega la vida individual.

Dice Deleuze que nadie ha narrado mejor que Dickens lo que es *una* vida,<sup>1</sup> cuando relata que un vil sujeto despreciado por todos agoniza. Quienes lo rodean lo asisten con desdén. Pero cuando su respiración se torna tan tenue que parece cesar, sus asistentes comienzan a preocuparse, tratan de reanimarlo, atisban el menor signo vital. Es como si todas las aborrecibles particularidades del malhechor se hubieran esfumados y persistiera, como surfeando sobre las olas de la muerte, simplemente una vida.

En ese momento todos se empeñan en salvarlo, de manera que en lo más álgido de su agonía el depravado siente que algo dulce lo penetra. Pero a medida que se recupera, quienes lo rodean se tornan cada vez más esquivos y el malhechor, al mismo tiempo que *la* vida, recupera su grosería y su crueldad.

Entre su vida y su muerte hubo un momento en el que no fue más que *una* vida. La vida del individuo le cedió lugar a una vida impersonal, aunque singular, de la que se desprende un acontecimiento puro liberado de los accidentes de la vida interior y exterior, de la subjetividad, de los objetos. Vida de pura inmanencia. Vida singular de un hombre que ya no tiene nombre pero no se confunde con ninguna otra vida. Una vida sin cuerpo, como la sonrisa sin gato del mundo maravilloso de Alicia.

Pero es obvio que una vida no se limita al momento universal de la muerte individual. Una vida está en todos lados, atraviesa al sujeto viviente, mide tal o cual objeto vivido. La singularidad o los acontecimientos constitutivos de *una* vida coexisten con las vicisitudes de *la* vida correspondiente, pero *una* vida se diferencia en su desnudez, en su

---

<sup>1</sup> G. Deleuze, "La inmanencia: una vida...", en *Dos regímenes de locos*, Valencia, Pre-Textos, 2007, p. 349; se refiere a la novela de Charles Dickens, *Nuestro amigo común*, Madrid, Espasa Calpe, 2002.

intensidad, en su exceso de potencia sin representación. Deleuze ilumina su concepto aludiendo a los bebés. Ellos están atravesados por una vida inmanente que es pura potencia. Aún no están definidos y no poseen individualidad, pero poseen singularidad: una sonrisa, un gesto, un mohín. Y en la medida en que adquieren rasgos individuales se van determinando. Se van cargando con culpas, con ilusiones, con anhelos, con miedos, con determinaciones empíricas. La vida individual es inseparable de esas determinaciones que se apoyan y sostienen en *una* vida.

Este concepto nos conduce a una comprensión posible no solo de los milenarismos apocalípticos, sino también de la intensidad vital que se impone después de las catástrofes reales. Pues tanto la vida subjetiva como la colectiva se determinan no solamente por sus condiciones empíricas sino también por los códigos vigentes, las culpas impartidas, el miedo a la materialización de los fantasmas. Esa carga abominable que, en la metáfora nietzscheana, nos asemeja a un camello.

*Una* vida no se moldea con códigos epocales, morales, sentenciosos, resentidos, vengativos o justos. Busca reafirmarse existiendo. Se derrama, rebalsa, chorrea intensidad. De lo contrario, ¿cómo sobrevivir después del espanto?, ¿cómo hacer poesía después de los campos de exterminio?, ¿cómo volver a amar habiendo soportado a un golpeador?, ¿cómo hacer el amor después de la violación o del robo de niños?, ¿cómo seguir habiendo en una isla después del terremoto?, ¿y en la costa después de un tsunami?, ¿y en un país en el que las centrales nucleares eclosionan?, ¿cómo vivir en las estribaciones de la herida? Incluso cabe preguntarse ¿es propio de la racionalidad tecnocientífica arriesgar vidas montando centrales atómicas sobre un tembladeral?

Pero la vida y la muerte nunca son en sí mismos problemas científicos. Porque la ciencia se maneja con la verdad y la vida es del orden del error. Los conceptos que articulan una vida son los medios por los que un ser extrae información de su entorno y lo estructura. Se vive en una relativa movilidad y no inmovilizando el estados de las cosas. Se vive en una vorágine que no tiene punto de vista fijo, que se desplaza para nutrirse, que establece relaciones, que más que buscar la verdad procura la reafirmación de la existencia. En la vida según Foucault el error constituye el centro de los problemas.<sup>2</sup> Vida: atropello, saltos cuánticos, error y azar, resistencia a lo inerte.

Lo viviente subsiste en un estado supremo de afirmación de la existencia en el que hasta el dolor –cualquier tipo de dolor– está incluido continuamente como medio de potenciación. Lo viviente quiere desplegar sus excesos. Donde hay vida hay súbitas explosiones de fuerza. La voluntad de vivir es, según Nietzsche, voluntad de poder.<sup>3</sup> Una

---

<sup>2</sup> M. Foucault, "La vida: la experiencia y la ciencia", en AAVV, *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*, Buenos Aires, Paidós, 2007.

<sup>3</sup> F. Nietzsche, Friedrich, *Fragmentos póstumos*, Bogotá, Norma, 1995.

voluntad no racional sino impulsiva que no es patrimonio exclusivo de lo humano, ya que atraviesa lo orgánico y lo inorgánico. Se manifiesta en la intensidad de la ola descomunal que brega por imponerse a todo lo que se le cruza en el camino, o en el movimiento de un pequeño gusano surgiendo de un cadáver. Esta voluntad de reafirmación incita incluso a los voluntarios japoneses que tratan de enfriar la furia de las partículas atómicas, aunque *su* vida les vaya en ello, pero que aspiran a que *una* vida continúe independientemente de ellos. Reafirman así la posibilidad de que más allá de los miedos se realice el prodigio no tanto de seguir vivo, sino de que la vida siga siendo.